

Lo que perdí en la estera de lucha

La diferencia no es difícil de entender si eres una persona de color: es una cadena de vulnerabilidades a pequeñas violencias. Comienza temprano y persiste, te dice a dónde perteneces en el mundo. Creciendo en la vasta blancura de Oregón en las décadas de los 80s y 90s, no pude escapar de mi propia cara. La primaria Washington, la escuela donde comencé el jardín de infantes, era casi toda blanca y bastante dura, sacando familias de la hilera de apartamentos de dos pisos de la Sección 8 que se alineaban en la autopista que separa a Eugene de la ciudad de Springfield.

Las dos ciudades se desangraron juntas en un paso elevado, y pequeños parques de casas rodantes acurrucados a la sombra del tramo de ceñida, retenidos por el hechizo del zumbido y el estruendo de los coches que pasaban. Los niños del parque de casas rodantes y los apartamentos de Sección 8 fueron lo suficientemente fáciles de elegir, su ropa Goodwill y raída a veces en las rodillas y los codos, su estilo algún amalgamamiento de estilo rock y pop anterior al hip-hop de los 80, pantalones cortos de jean cortos y camisetas en el verano, algo a cuadros o suéter de lana en el invierno. Los niños blancos de clase media venían con loncheras de Transformers y ThunderCats, y pulseras y overoles nuevos de Gap (o viejos de Gap) y camisetas Hypercolor y camisetas de Converse y todos ellos fluidos en la música de sus padres y hermanos y hermanas mayores ? Queen and the Police y Madonna y Whitney y Michael.

No había oído hablar de nada de eso, mi estricto y espartano padre insistía en que mi hermano y yo pudiéramos solamente ver Plaza Sésamo intermitente en nuestro granular Toshiba de la era de los 70s. El fruto prohibido de la televisión hizo que mi hermano Jeremy y yo lo busquemos donde sea que pudiéramos encontrarlo fuera de la casa. Me obsesioné con He-Man al ver un episodio o dos en la casa de los vecinos. Me enamoré de su omnipotencia e invulnerabilidad, incluso cuando me desesperaba en mi propio pecho flaco y baja estatura y cabello irremediablemente negro y piel oscura, nada como la piel dorada de He-Man y la melena rubia. Para empeorar las cosas, llegué a la escuela con botas de goma hasta la rodilla con pantalones deportivos mal ajustados que no llevaban logotipos corporativos y a menudo vestía camisetas sin mangas de colores brillantes y camisetas hawaianas enviadas por mis tías de las Islas. Todas estas cosas, combinadas con mi baja estatura, la media luna de mis ojos, mi piel de color marrón amarillenta y mi gran vocabulario, me hicieron increíblemente raro, no correcto, un extraño. Los niños me dejan saber de ciertas maneras. Recuerdo que había ahí otro estudiante asiático que me evitaba como la peste. Me pregunto si se dio cuenta de que nunca lo habría buscado, que ya, mirando el espejo en el baño cerrado con llave, detestaba mi cara asiática con su nariz de botón, el tono oscuro de mi piel. Se las arregló y como yo no tenía otra opción, quizás porque era obstinado y odiaba la injusticia y por lo tanto me negaba a ceder a los niños que intentaban aterrorizarme, me convertí en un paria. Caminé la valla larga durante el recreo sólo cada día, mirando al suelo, buscando el destello y destello de obsidiana en la grava, tesoros negros que guardaba en mis bolsillos y apilados en la esquina de mi escritorio. Si se acercaba un acosador, caminaba más rápido. Mantuve la cabeza baja e ignoré las burlas: "Holaaaa enano, Bruce Li, Bruce Lee, Hee-yah".- Los escuchaba lo suficientemente claros y odié a los niños que me gritaban casi tanto como a mí mismo por ser vulnerable a su ataque.

En sexto grado, las cosas empeoraron. Hoy, el acoso se ha convertido en una preocupación, con anuncios de servicio público pidiendo a los niños que sean amables y afirmando que ser amable es genial. Pero cualquiera que sobreviva a la escuela secundaria sabe la verdad: ser amable o justo o hacer lo correcto no es el punto. Todo lo que importa no es ser visto como débil. No sabía cómo encajar: el inteligente niño asiático, mis rechonchos cuatro pies y medio, el niño que siempre tenía la respuesta correcta a las preguntas del maestro y que no sabía nada sobre las cosas que los demás niños hablamos, música rap y estrellas del pop y golpes de burro y BJs. Recuerdo que había un par de niños de octavo grado que solían seguirme, turnarse para fingir toser y decir "Chink" tan fuerte como podían para evitar que los atraparan. Esos mismos chicos enseñaban a sus amigos a cortar las manos en el aire y hacer ruidos de exclamación de artes marciales, "¡Hooo-wahhhhh-hiyah!" en mi presencia antes de estallar en una risa histérica. No culpo a estos muchachos ahora; ellos simplemente, habían asimilado de manera simplista el racismo de la cultura que los rodeaba. Ni siquiera los culpo por intimidarme: los impulsos que llevan a los niños a acosar a los demás no provienen de un impulso por alcanzar la superioridad, como puede hacerlo la agresión adulta. Los acosadores de la escuela secundaria son en sí mismos niños heridos que desean estar a salvo de cualquier daño y se adaptan a las maneras inmediatamente disponible a ellos, atacando a aquellos que perciben como débiles para fingir que son fuertes. Su éxito temporal significa que nunca estarán a salvo, que se construirán a sí mismos a partir de una mentira, y que siempre estarán asustados. Los miro con lástima, aunque el daño que hicieron (y hacen) es real.

Después de algunos meses de miseria, llegué a una conclusión: me haría tan duro que nadie podría decirme nada, una solución que

comenzó uniéndome al equipo de lucha libre. El entrenador del equipo de la escuela secundaria era un tipo de la clase trabajadora llamado Ryan, el hermano mayor de alguien que llevaba una gorra de béisbol hacia atrás y, que a veces maldecía si no se miraba a sí mismo. Estaba tomando clases en la universidad de la comunidad y trabajando a veces en una ferretería, y había luchado en la escuela secundaria local, había calificado una vez para el torneo estatal. A él realmente no le importaba lo que hacíamos, siempre y cuando lo intentáramos con todas nuestras fuerzas, y él hacía que la práctica fuera divertida. Debido a él, los chicos de los apartamentos de alquiler bajo se presentaban, al igual que algunos de los niños de clase media o alta que veían Salvado por la Campana y deseaba ser Slater. Él no era de los que "pegaba gritos", no con tantos de nosotros principiantes, pero a él le gustaba ganar, y su honestidad al respecto ("¿Quién quiere ir allí y obtener sus -TRASEROS- inmovilizados?") nos convencía de que él tenía algo que enseñarnos.

Las prácticas en la cafetería eran caóticas: deslizábamos las mesas con ruedas hacia un lado y desplegábamos las esteras, todos nosotros apenas podíamos pararnos sobre ellas a la vez, y luego hacíamos calentamiento, volteábamos, saltábamos y nos arrastrábamos. a lo largo de la estera, antes de aprender un poco de técnica aquí y allá. Yo era lento y no tenía fuerzas, pero me encantaba estar en la colchoneta, hacer los ejercicios, jugar juegos como el Rey de la Colchoneta (atacado, con la necesidad de restringir a la persona que está siendo atacada). Rodeado por todos los otros muchachos con el equipo de protección de cabeza puesto, también agachado en la postura, gateando, forcejeando y gritando de alegría, me sentía invisible en la multitud. Durante un tiempo cada tarde, pertenecía allí en la anarquía de la lucha y el juego, y aunque la temporada era sólo de unos pocos meses, es casi todo lo que recuerdo de la escuela media, tan vasta era mi infelicidad el resto del año.

En cuanto a la fuerza que deseaba cultivar, llegó lentamente, evidente primero en mi negativa a reconocer una pérdida incluso cuando había sido arrojado al aire y me golpeaba contra la estera. Volvía a ponerme en pie y volvía a avanzar, me negaba a ser acobardado. Cuando terminó la temporada, no me detuve, sino que busqué clubes de luchas en las escuelas secundarias locales, corría el camino de bicicletas detrás de mi casa hasta que vomitaba mi almuerzo y mis pulmones quemaban, compré un juego de pesas barato que mantenía escondido en el armario porque mi padre decía que era demasiado joven para levantar pesas. Guardaba silencio en clase todo el tiempo que podía, y cuando abría la boca, y las grandes palabras salía del dibujaban desdeño, aprendí a enfrentarlo descaradamente, con el tipo de desafío que podía respaldar porque me había hecho amigo ahora con los otros chicos en el equipo de lucha, la mayoría de ellos eran niños del parque de casas rodantes y de las viviendas de la Sección 8, niños más grandes que fueron etiquetados entonces (y sin duda serían etiquetados ahora) como malos, problemáticos, destinados a nada bueno. Me encantaron esos chicos por aceptarme, deseaba ser ellos. Admiraba su habilidad para gritar, ocupar espacio, llamar a todo el absurdo mecanismo escolar "porquería", con sus caras en blanco, gerentes adultos ineptos, sus campanas y reglas y pequeñas jerarquías privilegiando a los niños. con los logotipos corporativos correctos colocados en su nueva ropa y equipo, cuyos padres los recogían en automóviles de la marca correcta. Esos chicos usaban bicicletas y patinetas, usaban pantalones vaqueros con agujeros en las rodillas, llevaban puestas las gorras de béisbol hacia atrás y hacían lo que querían después de la escuela todos los días: vivían a poca distancia, pero nadie los esperaba en casa. Le decía a mis padres que tenía actividades y prácticas cuando no las tenía, y a veces los acompañaba detrás de la escuela, donde fumaban cigarrillos, maldecían y se reían a carcajadas; y no me importaba que pasara mucho tiempo sin decir nada porque ni siquiera sabía cómo maldecir.

Les ofrecí mi gratitud y buena voluntad, mientras me daban la seguridad de mi cuerpo, y el orgullo que conlleva saber que eres fuerte, que tus manos están respaldadas por otros puños más furiosos. Tal vez me respaldaron por lo que ya se estaba volviendo claro, que era que por pura fuerza de voluntad era más duro en la lona que todos ellos. Volví del verano anterior al octavo grado delgado y moreno por correr y levantar pesas, con jeans holgados y playeras a cuadros en capas. No perdí un partido de lucha todo el año y tuve entrenadores de escuela secundaria de todas las escuelas secundarias locales que me reclutaron. Y eso fue principalmente eso. Todavía sentía mi diferencia, pero pertenecía a la estera de lucha, y eso me dio un pequeño lugar en el mundo. El problema era que el yo que creé en la supervivencia era en sí mismo una máscara, una forjada de voluntad y necesidad, y tan fuerte que una vez que me la puse, no supe cómo abandonarla. Me llevó lejos: tres finales estatales consecutivas en la escuela secundaria y luego a una beca de lucha libre a Stanford.

Después de la universidad, pensé durante mucho tiempo que la lucha era algo de lo que me saldría, que dejaría atrás, que encontraría algún otro yo, volverme mejor que antes. Nos enseñaron a ser sabios e ir más allá, como si abandonar a quienes habíamos sido fuera una manera de hacernos sentir completos. Los Namastés de la Nueva Era tienen más razón de la que me inclino a admitir: afirman que nos acercamos más a nosotros mismos cuando recordamos cómo hemos sido, ubicamos nuestra vida pasada en nuestros cuerpos y la afirmamos.

Una noche, en mis últimos 20 años, corrí dos cuadras de la ciudad para llegar a un grupo de cuatro matones tatuados, probablemente

afiliados a una pandilla, que estaban asaltando a un joven asiático en las calles. Debido a la fuerte presencia de pandillas supremacistas en Oregón, es posible que lo hayan elegido porque él era asiático y hablaba mal inglés. Los vi simulando acercarse a él en una fila esperando por comida tarde en la noche después de que los bares cerraban, y mientras medio lo arrastraban hacia los bloques oscuros de la biblioteca, sabía que algo andaba mal y comencé a correr detrás de ellos, gritándoles que se detengan. El joven estaba en el suelo cuando los alcancé, en posición fetal, tratando de proteger los puntos blandos del cuerpo de las puntas de acero de sus botas. Para mi sorpresa, los hombres retrocedieron mientras yo llegaba, todos mis cinco pies cinco de mí, con un cuello en V blanco y un abrigo deportivo, y el hombre más viejo, que tenía una cara larga y cansada y llevaba una chaqueta de motorista cubierta en parches que declaraban afiliaciones, caminó hacia mí y me decían con voz amenazante:

"¿Sabes quién SOY?"

¿Sabes quién SOY YO?", Le dije, chocando pecho con él.

Sus ojos azules recorrieron todo mi cuerpo, cargados de músculos del gimnasio de escalada, observaron mi chaqueta y mis botas de registrador y mi pelo rizado e ingobernable; evidentemente, él no sabía quién era en absoluto, un respetable miembro de la facultad local, demasiado abrigado, poco achispado en una noche de sábado de agosto cerca del cierre, y luego se apresuró a bajar por la cuadra, llevándose a los demás con él. Volteé para encontrar a otros dos hombres, respirando entrecortadamente, que me habían seguido corriendo cuando vieron donde me estaba dirigiendo. Fuimos hacia el niño en el suelo y verificamos su estado, finalmente lo levantamos para que esperara a los paramédicos. Uno de esos hombres, que vivía en la ciudad, se hizo amigo después de esa noche, por lo que puedo dar fe de que, como yo, su valor es a la vez partes iguales de obstinación e idealismo. El otro hombre, de metro ochenta y cuatro y ancho de hombros, nunca lo volví a ver, a pesar de que me dijo que había sido un luchador, un peso pesado de la universidad, y declaró que un hombre de verdad no permitiría que una pelea injusta sin oposición. Le di las gracias por correr esas dos cuadras para salvarme de ser golpeado.

Cuando cuento esta historia, generalmente es para el final: cómo me enfrenté a los cuatro hombres y pensé que los había asustado por mí mismo por un momento, sin saber del ejército detrás de mí. En lo que no me detengo es en mi insensatez o imprudencia: el bloque oscuro y solitario por el que había cruzado corriendo, después de haber visto a los hombres que sacaban al chico; las caras feas y los cuerpos fuertes de los hombres, que salían esa noche en busca de una víctima para golpear, cómo se movían como hombres que pasaban tiempo en el gimnasio MMA y se sentían cómodos en una pelea; cuán poco me importaba mi propia seguridad en el rubor de la ira, y con sinceridad me refería a la pregunta: "¿USTED sabe quién soy?" Yo No, en ese entonces, pero nunca dudé de mi fluidez en el lenguaje de la violencia, cuya gramática es devoción, cuya relevancia depende solo del sacrificio de sangre y hueso. Este lenguaje, el que hablan los combatientes y luchadores, es brutal, pero tiene honor. Llamado a recordarlo, yo era un ángel de la justicia. Hubiera recibido todos los golpes antes de dejar que ese chico sangrara sólo en la acera. Qué alivio, sólo arriesgarlo todo.

Durante mucho tiempo, pensé que la lucha me había cambiado. Sin embargo, la lucha no borró mi miedo, solo hizo mi cuerpo más fuerte, más igual a mi corazón. Luché para ser diferente de lo que era, porque me odiaba por ser vulnerable y débil; Me morí por el rendimiento de la dureza para sentirme seguro. Pero en mis sueños, regreso interminablemente al patio de recreo de la Secundaria Washington. Llevo botas de goma hasta la rodilla, puedo sentir la pieza de obsidiana en los dedos del pie donde guardo las mejores, mi escondite del tesoro. Camino por las vallas, y desde la distancia, puedo escuchar las llamadas de los otros niños, "¡Ching-Chong, Ching-Chong!", mientras un acosador u otro rasgaban sus ojos. Siempre, hay un enfrentamiento, un acosador que enfrentar. Pero cuando me despierto, soy testigo de ese niño pequeño y feroz con una bota llena de obsidiana. Estaba asustado porque estaba solo y podría ser lastimado, pero nunca corrió. Él tenía valor. Era todo lo que siempre necesitaba, y desearía haber sabido amarlo.

MICHAEL COPPERMAN es el autor de *Teacher; Two Years in the Mississippi Delta* (UPM 2016), finalista del Oregon Book Award. Este trabajo es parte de una memoria sobre lucha, raza, masculinidad e identidad.

* Artículo reproducido con el debido permiso de O Being. O Being no se hace responsable por la traducción. La traducción ha sido realizada por Francisco Luciani para Teología Hoy.